

Centro de Estudios “La Cañada”
Taller de Economía 2022

Los problemas del mundo actual

Reunión N° 3

Índice

Reunión N° 1

Introducción

1. Integración de subjetividad y objetividad
 - 1.1. Los diferentes niveles de subjetividad
 - 1.2. Conciencia global, ideología y política
 - 1.3. La negación de la objetividad
 - 1.3.1. Efectos de la negación de la objetividad - Los falsos debates
 - 1.3.2. Efectos políticos de los falsos debates
2. La conciencia global
 - 2.1. Papel histórico de la conciencia global
 - 2.2. La evolución de la conciencia global

Reunión N° 2

Introducción

- 2.3. Un caso de cambio en la conciencia global
- 2.4. Condiciones actuales de la conciencia global
 - 2.4.1. Cambios en la fase analítica
 - 2.4.2. Cambios en la instancia de las políticas
 - 2.4.3. Conclusiones acerca de las condiciones actuales
- 2.5. Cambios futuros en la conciencia global
 - 2.5.1. Por tecnologías disruptivas
 - 2.5.2. Por crisis institucional
 - 2.5.3. Por nuevas dimensiones de la realidad

Reunión N° 3

Introducción

3. Ideologías
 - 3.1. Las ideologías y el tiempo
 - 3.2. Ideologías y bases materiales objetivas
 - 3.3. Efectos de las crisis sobre las ideologías
 - 3.4. El arco de las ideologías
 - 3.4.1. Ideologías progresivas
 - 3.4.2. Ideologías conservadoras
 - 3.4.3. Ideologías regresivas

Introducción

El esquema global de las reuniones 2021-22 se basa en una revisión de la actividad humana. La resumimos en pensamiento y acción y la traducimos en la instancia analítica y en las políticas. Hemos dedicado las reuniones del 2021 a las primeras, y las actuales a la segunda de ellas. En ese sentido, en la primera reunión hemos expuesto el resultado del intento de integrar el análisis objetivo y subjetivo.

Y por esa vía hemos llegado a las fuertes vinculaciones entre conciencia global, ideología y acción política. En la segunda reunión, hemos pasado revista a la primera de ellas, y la actual la dedicamos a la ideología. La siguiente, atacará la problemática de las políticas.

3. Las ideologías

Las ideologías son formatos mentales diseñados por el contexto cultural (familia, educación, medios masivos de comunicación, publicidad, experiencias personales y colectivas, inserción social, etc.). Y toda esta compleja combinatoria aparece bajo la forma de sesgos intuitivos.

Las ideologías se diferencian entre sí por las reacciones frente al impacto de las crisis. Es decir, como, la conciencia (global, grupal e individual), absorbe el impacto de los cambios producidos por las crisis.

Los procesos, al chocar contra las pautas culturales predominantes, modifican la forma de conocimiento del entorno y las acciones a desarrollar. Y las ideologías se diferencian por la aceptación, resistencia o rechazo a esos cambios. Y cuando se repelen, están asociados a formas violentas, expresada de manera verbal, institucional, y/ o física.

De esa manera tienden a formarse infinitas combinaciones entre los diferentes niveles, las condiciones culturales específicas y las formas del impacto. De esa compleja combinatoria surgen las ideologías. Su importancia deriva de su papel relevante en la interpretación del entorno y la orientación y coherencia de las acciones a emprender, para mantener, corregir o modificar ese contexto.

Esa ideología es una cosmovisión de la realidad, el concepto en castellano más aproximado al sentido de la expresión “*Weltanschauung*”, tan caro a la tradición filosófica alemana.

Estamos planteando la ideología en un sentido lato, como una cosmovisión del mundo. En ese sentido nos interesa el concepto de conciencia global, su nivel y su dinámica pues diseña las formas ideológicas de asunción de la realidad, y determina las acciones sobre ella, es decir, la política.

El shock producido por las crisis sobre el entorno cultural, reafirma, corrige o radicaliza las ideologías. De allí surgirá la ubicación frente a los polos alternativos en todas las problemáticas sujetas a debate: libertad individual versus colectiva, economía basada en la cooperación versus la competencia, la preeminencia del papel del estado versus el sector privado, la seguridad individual versus colectiva, la práctica de autocracia versus democracia, las formas de esa democracia, delegativa versus participativa, la propiedad privada como hecho histórico o como derecho natural, el papel de la religión en la política, las relaciones internacionales basadas en nacionalismos o internacionalismos, la primacía de la ética o del oportunismo en política. La ideología impregna todos los debates, en todas las dimensiones y horizontes.

En las ideologías, consideramos fundamental su dinámica y como se asume. Y en esa dinámica conlleva dos aspectos, el factor tiempo y la diversidad de efectos sobre la política a analizar en la próxima reunión.

3.1. Las ideologías y el tiempo

Cuando el punto de partida es un mundo sectorizado, simplificado y superficial; de manera inevitable, las acciones concretas conllevan graves errores. Uno de los más característicos radica en desconocer el componente tiempo. No solo ignora ese factor en la conciencia individual y grupal, sino también hace desaparecer la existencia de una conciencia global.

Por el contrario, si trabajamos bajo el supuesto de procesos objetivos y autónomos, encontrar la dinámica de sus cambios y efectos resulta crucial. Y si hablamos de dinámica, el factor tiempo se convierte en un aspecto central en la cuestión ideológica. Pero allí nos encontramos con la ausencia de ese factor en las acciones surgidas de las ideologías en boga. Por ello las caracterizamos como a-históricas.

Y surgen de un marco cultural, donde en lugar de priorizar la noción de tiempo, ésta es ignorada. Un fenómeno habitual en las corrientes políticas mayoritarias. Al rechazar, de manera explícita o implícita, la existencia de procesos autónomos, el factor tiempo, un ingrediente fundamental de esos procesos, queda, de hecho, segado.

Al considerar solo condiciones estáticas, éstas se convierten en la principal fuente de errores. Su presentación habitual surge, cuando, por ejemplo, en la práctica académica aparecen modelos económicos neoliberales caracterizados por no incorporar la variable tiempo. Supone estáticos todos los elementos y el factor tiempo desaparece como por “arte de magia”.

Un ejemplo concreto: en esos modelos jamás aparecen los cambios tecnológicos. Un elemento crucial, no solo para interpretar los fenómenos económicos sino también, los cambios institucionales en el muy largo plazo. Trabajan bajo un supuesto explicitado: el de una tecnología constante y de rendimientos decrecientes. Sin embargo, esa tecnología, que justificó la institución de la propiedad privada, está desapareciendo. Y es producto de la digitalización de los procesos de manufactura de bienes y prestación de servicios, donde los rendimientos, se transforman en siempre crecientes.

Cuando esa orientación es sometida a crítica, por esa y otras graves falencias, sus defensores aducen una estrategia analítica. Estarían aplicando una metodología de “aproximaciones sucesivas”. Comienzan por lo más “importante”, y luego irán incorporando los aspectos “secundarios” ausentes: el tiempo, las relaciones sociales, etc.

Pero esa incorporación, luego nunca se concreta. Incluso, si pretendieran hacerlo, el modelo se “quebraría”, aun sin salir del papel. Eso sí, mientras tanto, y sin efectivizar ninguna de esas “aproximaciones sucesivas” prometidas, los criterios surgidos de esos modelos estáticos, son aplicados a rajatabla en las recomendaciones neoliberales de política económica.

Y para colmo la cultura dominante los caracteriza (y son aceptados) como “científicos”, por haber utilizado modelos matemáticos que convertiría sus conclusiones en una especie de “verdad revelada”. En realidad, han introducido, por esa vía (y de contrabando), una serie de supuestos incompatibles con los movimientos de la realidad. P. ej., cuando suponen en la economía movimientos marginales, implícitos en la utilización de la matemática del cálculo infinitesimal. Y en economía, más relevantes, son los movimientos discretos, y mejor representados por el álgebra matricial.

Algo similar ocurre con el factor tiempo en la práctica política. Cuando sectores asumidos como progresistas, reivindican la épica de algún acontecimiento del pasado, están introduciendo, y de contrabando, el supuesto de un nivel estático de conciencia grupal. Incluso, insinúan su profundización. Jamás aceptarían la existencia de cambios, y mucho menos, un eventual retroceso.

Y esto se hace visible cuando surge la pretensión de corregir o actualizar una ideología, ya sea por errores cometidos, o cambios objetivos en el entorno. En ese caso, los “guardianes de la fe”, se encargan de combatirlos mediante la calificación de “traición”.

Segar el factor tiempo, y tras ello, la existencia de procesos, es una forma de expresar el subjetivismo y el voluntarismo latente en la cultura global. La apariencia de “una verdad en sí misma” es en realidad una intuición (de) for-

mada por un determinado contexto cultural, tendiente a “congelar” las condiciones de conciencia, y sólo grupales, en algún punto de la historia, considerado liminar.

Crean formas ideológicas estáticas a partir de acontecimientos históricos de alta especificidad, donde una compleja combinatoria de acontecimientos, por lo general, irrepetible, lo hizo posible. De partida, están negando la existencia de los procesos y su dinámica de avances y retrocesos.

Aquellas condiciones del pasado resultan “consagradas”, y transformadas en una “liturgia”. Pero cuando esas ideologías congeladas en el tiempo, deben enfrentar, nuevas dimensiones de la realidad, y sus crisis entrelazadas, éstas quedan fuera de su ángulo visual.

Bajo esa mirada, la primera reacción frente a los efectos negativos de cualquier crisis es negarla. Pero cuando no pueden hacerlo, a riesgo de quedar en ridículo, eluden el problema, atribuyéndolo a la malignidad de personas o grupos, convertidos en equivalentes al “enemigo”, de las circunstancias del pasado, consideradas épicas. Y de hecho, niegan considerarla como producto de un proceso histórico

Bajo ese criterio, toda la tarea política se vuelca a la defensa irrestricta de los logros obtenidos en aquellas circunstancias, aun cuando las actuales condiciones los conviertan en ineficaces e incluso en ridículos. Uno de los casos más notables resulta de reivindicar las regulaciones surgidas de batallas sociales históricas.

Su ineficacia actual, por efecto de la globalización, la digitalización, etc. es “resuelta” por vía de convertir a ese proceso objetivo, en una mera ideología creada conscientemente por “malvados” para provocar efectos de dependencia, informalidad laboral, etc. Bajo ese criterio, la única alternativa posible es luchar contra esa “ideología”. En el caso de la globalización, sería posible hacerlo, a partir de políticas de aislamiento comercial y radicalización de las regulaciones nacionales.

Y cuando se produce el choque contra la globalización, un fenómeno objetivo, no solo las viejas regulaciones nacionales se transforman en ineficaces. Algunas se convierten en ridículas. Y en el polo opuesto, quienes se oponen a toda forma de regulación, celebran ruidosamente ese resultado y se declaran, y son aceptados como “vencedores” en la puja ideológica. Mientras tanto, sigue pendiente realizar una re-regulación en función de las nuevas condiciones nacionales e internacionales.

Incluso, los defensores de la radicalización de las regulaciones nacionales, nunca podrían percibir ese carácter ridículo. Aplicar su ideología los protege de todo error y “desviación” imaginable. Los efectos reales, en términos de retroceso político, tarde o temprano, se harán sentir.

3.2. Ideología y bases materiales objetivas.

Hemos hecho referencia al fenómeno generalizado de cómo, una ideología subjetivista y voluntarista, transforma un proceso objetivo como la globalización, en una mera ideología. Y esto es posible, cuando media una ideología, donde su momento analítico, en lugar de postular la necesidad de un diagnóstico objetivo previo, es reemplazado por la propia ideología, generando, un pensamiento circular. Una verdadera trampa.

Ésa ideología supone a la globalización, en lugar de un proceso con sólidas bases materiales (tecnología, procesos productivos, formas de consumo), sólo como una ideología creada “ad-hoc” por los intereses de las empresas multinacionales, orientada a la aceptación de sus condiciones, por parte de los países dependientes.

La globalización sería una especie de realidad virtual, por ende, con sólo dejar de creer en ella, mediante la difusión de ideologías opuestas, sus efectos desaparecerían. Basta encontrar el alfiler adecuado para “pinchar” la pompa de jabón.

Claro que la globalización, un proceso objetivo, por resultar material e histórico, también conlleva tras de sí, una ideología. Y surge de la necesidad de las empresas multinacionales de volcar en su favor, el proceso de globalización. Y para ello manipulan la comunicación cultural, a fin de justificar la implementación de políticas orientadas a volcar los impactos de ese proceso objetivo, a su favor: ganancias, concentración, poder, etc.

Si confundo la globalización con solo una mera ideología, resulta imposible percibir tras esa ideología, la existencia de procesos autónomos. En ese contexto, nunca podrá aparecer su verdadero versus en términos de acciones concretas: volcar sus poderosos efectos, en lugar de hacia las multinacionales, en favor del conjunto de la sociedad. La lucha contra la ideología de la globalización, nunca podría hacer desaparecer el proceso material tras ella.

La instancia analítica desarrollada como diagnóstico previo, y bajo una metodología de análisis crítico, sugerirá la alternativa de políticas progresistas. En ese sentido, la simultaneidad y el engarce de las crisis actuales, profundizadas por el proceso de globalización, indican una acción política orientada a la reversión de tendencias.

En lugar del absurdo de pretender hacer “desaparecer” la globalización, debemos montarnos sobre ese proceso, identificando sus aspectos progresivos. Ubicar esa globalización en el muy largo plazo nos guía, en lugar de hacia su “destrucción”, hacia reorientar, su tremenda fuerza, para sostener criterios de cooperación y solidaridad internacional entre países soberanos. Mientras se insista en actuar frente a la globalización como si ésta fuese una especie de “realidad virtual”, seguiremos estrellándonos contra un verdadero muro.

Es ese proceso objetivo de globalización, y no su ideología, lo que ha convertido en ineficaces y ridículos los intentos realizados por los grupos mayoritarios: o bien extremar las regulaciones nacionales por parte del populismo; o bien su eliminación lisa y llana por parte del neoliberalismo. La salida, bajo nuestro análisis resulta de una re-regulación nacional e internacional, bajo la forma de solidaridad, cuya necesidad vital ponen al desnudo las crisis actuales.

3.3. Efectos de las crisis sobre las ideologías

Para reconocer la diversidad de efectos de las crisis sobre el abanico ideológico, debemos partir de asumir las graves carencias impuestas por la cultura dominante al modo de conocer nuestro entorno. Ese contexto coloca un verdadero “chaleco de fuerza” a nuestra mente cuando intentamos captar la realidad, otorgándole un carácter fragmentario, simplificado y superficial. Por el contrario debemos tratar de captar esa realidad como un todo indivisible, inherentemente complejo y en sus diversos niveles, por métodos empíricos y teóricos.

Peor aún, los compartimentos estancos son potenciados por la fragmentación dentro de cada una de las dimensiones. Y quedan expuestas cuando surgen crisis económico-sociales, biológicas y ambientales, a su vez, fuertemente encadenadas.

El choque entre esas crisis y las pautas culturales dominantes, van generando cambios en la conciencia global. Aunque en el largo plazo de la escala civilizatoria, sus efectos se han auto-depurado en una dirección progresiva, en el mediano y corto plazo de esa misma escala (décadas y años), los efectos se disparan en todas las direcciones imaginables y conforman un arco ideológico de extrema diversidad.

La combinatoria de crisis y su forma de golpear las pautas culturales vigentes, no generan per se, formas determinadas de conciencia global. Las crisis solo disuelven los criterios culturales imperantes. El impacto producido según las diversas formas de asumir la crisis, provocan cambios ideológicos

en todas las trayectorias y horizontes. Allí pasan a tener peso definitorio las condiciones culturales individuales, grupales y globales.

Y se conforma un arco ideológico según la traza de reacciones frente a los procesos y sus crisis. Y lo resumimos en una tipología de reacciones: progresivas, conservadoras y regresivas. Y este cuadro de reacciones, tomado en el nivel de la conciencia global, resulta de la mayor importancia, porque marcará a fuego la orientación y coherencia de la práctica política.

Aunque en el largo plazo de la escala civilizatoria (siglos y milenios), los cambios en la conciencia global y en las ideologías, resultan definidamente progresivas en todas las dimensiones de la realidad (religión, ciencia y sociedad); en el corto y mediano plazo de esa escala (años y décadas), coincidente con el mediano y largo plazo de la escala humana del tiempo, los efectos posibles abarcan todo el arco ideológico.

Allí aparecen, no solo respuestas progresivas a las crisis sino también fuertes resistencias conservadoras y violentas reacciones regresivas. Todos esos efectos se entremezclan en los periodos de crisis, con primacía de uno u otro, de acuerdo a las dimensiones de esas crisis y las condiciones culturales vigentes. Aquí es donde aparece la importancia de la acción política, priorizando una u otra de esas tendencias.

No por casualidad, frente a cambios agudos en las pautas culturales, por efecto de la crisis, recrudecen las reacciones conservadoras tales como la propiedad privada como derecho natural, condena al aborto, rechazo al matrimonio homosexual, etc. Y también las de tipo regresivo tales como el negacionismo y la conspiración en cuestiones socio-económicas, pandémicas y ambientales, el terraplanismo en ciencias, etc.

Por ello, una política progresista no puede (no debe) cruzarse de brazos, y esperar siglos y milenios, para que una auto-depuración de las tendencias, afiance, por sí misma, las condiciones progresivas, tal como viene sucediendo históricamente. La lucha política se ubica en la escala humana del tiempo, y espera resultados dentro de una misma generación.

Es en ese horizonte, donde se registra la lucha política. El género humano, tiene horizontes biológicos muy definidos y por ello detenta una percepción del tiempo, limitada a su generación. Y el género humano no puede ni debe sentarse a esperar siglos y milenios, para hacer prevalecer, por medio de la maduración del pensamiento, los criterios progresivos de la acción política.

3.4. El arco de las ideologías

Debemos fundamentar el arco ideológico pues éste delineará las políticas posibles. Nuestro abanico cubre ideologías progresivas – conservadoras - regresivas. Pero debemos tener en cuenta la observación realizada a este criterio, por un participante en el ciclo 2021, postulando la necesidad de mantener el esquema tradicional de “izquierda - derecha”.

Sin duda, ese esquema ha sido dominante en el debate ideológico mundial del siglo XX. Y tiene su origen en la ubicación física de los delegados a la Asamblea Nacional de Francia a fines del siglo XVIII. En nuestro criterio, su utilización pudo resultar esclarecedora hasta las condiciones vigentes hacia fines del siglo XX, pues la “izquierda”, desde mediados del siglo XIX, se diferenciaba, incorporando al economicismo, típico del pensamiento dominante entre los siglos XVI a XX (mercantilismo, liberalismo, neoliberalismo), la cuestión social. Sin embargo, ese esquema, hoy conlleva serias limitaciones. Intentaremos explicar porque.

Cuando la realidad pudo llegar a ser percibida como una dimensión socio-económica, fue una expresión concreta del avance en la conciencia global. Y fue una visión de la “izquierda”, superadora de la mirada de la “derecha” Ésta suponía a esa dimensión, no solo dividida sino también con preeminencia del “economicismo”.

Fue una visión del mundo, conteniendo sólo una de las varias dimensiones hoy percibidas. Incluso, a su vez, percibida de manera superficial, donde la mirada llegaba solo a sus efectos empíricos y nunca a comprender los niveles subyacentes, mediante hipótesis teóricas. Estos criterios permitían utilizar modelos matemáticos y análisis estadístico, que le otorgaban un carácter supuestamente científico.

Fue en ese mundo, tan limitado, donde la “izquierda”, introdujo un avance muy importante al considerar la dimensión socio-económica de manera integral.

Sin embargo, luego cometió serios errores. Congeló esa visión y no fue incorporando las nuevas dimensiones percibidas por la conciencia global, a lo largo de los siglos XX y XXI. De hecho, consideró su aporte, realizado en el siglo XIX, como congelado y excluyente de las nuevas dimensiones incorporadas a la conciencia global

Bajo esa perspectiva, las ideologías, solo podían formarse alrededor de la reacción de los grupos humanos frente a los cambios, pero sólo en la dimensión económico-social. Cuando las crisis en otras dimensiones, comenzaron a expresarse, esa construcción se derrumbó.

Y hoy, el esquema “izquierda-derecha”, no puede dar cuenta de las reacciones frente a crisis en nuevas dimensiones, ya incorporadas a la conciencia global, enredadas con la anterior, y prioritarias en ciertas coyunturas. Existen grupos, auto-calificados como de “izquierda”, pero solo en base a su respuesta ante las crisis socio-económicas. Pero, frente a crisis en otras dimensiones, reaccionan de manera conservadora e incluso regresiva.

Con estos criterios intentaremos analizar con algún detalle el arco ideológico propuesto: progresivas – conservadoras – regresivas. En esta reunión, examinaremos sus formas en estado “puro”. En la siguiente, al revisar las políticas concretas derivadas de ellas, introduciremos el efecto de “maraña” de las ideologías, afectando a todas las orientaciones políticas.

Las crisis provocan efectos en todas las direcciones del arco ideológico. Sin embargo, el horizonte de tiempo en el que nos ubiquemos, un factor segado por las pautas culturales vigentes, puede ofrecernos un primer criterio de diferenciación. Partimos de reconocer, en el largo plazo de la escala civilizatoria del tiempo (siglos y milenios), un proceso autónomo de depuración. Por numerosas vías, termina imponiendo tendencias progresivas en todas las acciones humanas: ciencias, religión, sociedad, política, etc.

Pero si nos ubicamos en el mediano plazo de esa misma escala (décadas), junto al establecimiento de criterios progresivos, también aparecen fuertes resistencias conservadoras tendientes a mantener el statu-quo. Y en el corto plazo (años), se superponen a las anteriores, orientaciones regresivas (casi siempre violentas), apareciendo y desapareciendo, una y otra vez, a lo largo de toda la historia.

3.4.1. Ideologías progresivas

Para identificar los efectos progresivos, (los hechos, y no las “opiniones”), éstos deben ser ubicados en el “continuum” histórico de las transformaciones. Los acontecimientos científicos y sociales actuales deben ser analizados como “the present as history”.

Participar de ideologías progresivas implica reconocer y seleccionar, de entre los cambios producidos por las crisis en la conciencia global, aquellos tendientes a superar sus efectos negativos, mediante una mayor solidaridad.

En el caso de la pandemia de coronavirus, la crisis tuvo la virtud de poner al desnudo las prioridades en materia de salud y su íntima conexión con el sistema de producción y consumo, es decir, su ligazón a la problemática socio-económica. En ese tema de salud, ha surgido con claridad los efectos de las

deformaciones históricas y los debates acerca de la orientación futura de la medicina: pública vs privada, preventiva vs reparativa, etc.

Incluso la pandemia ha dejado expuesta la contradicción entre la necesidad de políticas solidarias y las prácticas reales surgidas de un contexto institucional hostil: sesgos en la investigación en medicina, búsqueda de rentabilidad en la producción de vacunas, limitaciones en la distribución de vacunas según nivel de renta de los países, prioridades geopolíticas en la producción y venta de vacunas, privilegios en las prioridades de vacunación, etc.

Y aunque estas deformaciones ha sido la práctica concreta, y lo sigue siendo, el cambio en la conciencia global producido por la pandemia ha sido rotundo, y hará posible una futura reversión de las políticas. Tras la crisis, ya nadie tiene dudas acerca de cómo debió procederse. Los partidos políticos oficialistas, perdiendo en casi todo el mundo, las elecciones realizadas a partir de declararse la pandemia, es una señal indeleble de esa transformación.

Ya no existen dudas respecto ciertas necesidades, hoy imprescindibles: anular los derechos de patentes de invención (anularía la propiedad privada) sobre vacunas de aplicación universal; establecer regulaciones internacionales de salud, crear organismos supranacionales con poder real para manejar políticas planetarias e integrales de salud; eliminar privilegios de vacunación o de ruptura de las restricciones; [. . .] y un sinnúmero de criterios similares que se van asentando en la conciencia global. Y ya pasaron a formar parte de la ideología y los programas políticos del campo progresista.

En materia socio económica, cuando los logros parciales obtenidos a partir de políticas sólo asistencialistas, son arrasados por la siguiente crisis, pues ni siquiera pueden llegar a rozar los problemas estructurales; ya no es necesario un intelectual, para explicar que repartir bolsones de alimentos o poner “platita en el bolsillo de la gente”, no solo es una “cortina de humo” para eludir la necesidad de quebrar los procesos de reproducción de la pobreza, sino también, que ese asistencialismo, en el mediano y largo plazo, tenderá a consolidar la pobreza.

En materia ambiental, las propuestas de resarcir la contaminación mediante impuestos (impuesto al carbono) ya comienzan a aparecer como ridículas.

Y ese cambio en las ideologías y en las políticas, a partir de la modificación de la conciencia global, ya se está produciendo. El Presidente de Chile, Gabriel Boric, en el marco del anuncio de planes de apoyo a la inversión en pequeños proyectos, expresó en el mes de Abril:

*“Y, por eso, vamos a establecer un fondo de 300 millones de dólares para nuevos proyectos locales que sean intensivos en mano de obra, con foco en infraestructura verde y que van a aportar en la recuperación y el desarrollo de nuestra economía de forma descentralizada. ¿Por qué lo hacemos así? Porque si uno, sencillamente, **sigue metiendo más plata en los instrumentos que había, se sigue profundizando la misma desigualdad que tenemos.**”*
(<https://prensa.presidencia.cl/discurso.aspx?id=190835>).

Este criterio de utilizar subsidios para generar trabajo y no para reemplazarlo, ha sido desarrollado por el presidente chileno días más tarde en una entrevista de Radio Cooperativa, donde dio precisiones respecto al daño de los subsidios crónicos, y mencionó a Argentina como ejemplo de lo que no debe hacerse. (Video:<https://www.youtube.com/watch?v=io8fVVL9NLg&t=1942s>; en particular minutos 27´ a 32´).

La dura realidad está delineando los futuros programas políticos del progresismo. El problema radica, en como leemos e interpretamos esa realidad, y allí, nos enfrentamos al contexto cultural presionando para hacerlo en términos subjetivistas y voluntaristas. Por el contrario, para superarlo, debemos apoyarnos en el análisis objetivo de las crisis y sus consecuencias.

Sin embargo, los viejos “tics” de la “izquierda”, siempre están al acecho y generan serios riesgos hacia adentro del campo progresista. Sobre todo cuando se exige a los criterios, encontrarse formalizados en los textos reputados como “consagrados”.

Y el choque con la realidad es brutal. Algunos de esos textos ya tienen siglos, y aunque en su momento fueron de avanzada, pues permitieron una visión crítica uniando economía y sociedad, no incorporaron (y no hubiesen podido hacerlo), las nuevas dimensiones percibidas por la conciencia global, en los siglos siguientes.

Por eso, la importancia de esos textos, no surge de su literalidad, sino de la metodología empleada y de sus fundamentos filosóficos. Allí encontraremos las claves para incorporar las nuevas dimensiones al análisis de la realidad y ampliar el horizonte de aquellos análisis.

Sin embargo se procede mediante el versus de ello. En lugar de investigar, la dinámica de los procesos, ésta es reemplazada por la cristalización de los textos consagrados. De allí, surge un rechazo a todo lo que estaría “fuera de ese libreto”.

La lectura sólo literal de la bibliografía consagrada, afecta a todas las orientaciones, pero la más perjudicada en ese sentido, es el progresismo pues

su construcción exige la actualización permanente. Las ideas “cristalizadas” son, justamente, el componente esencial del resto del arco ideológico.

Un ejemplo concreto, resulta de lo sucedido a todo lo largo del siglo XX, donde la “izquierda” cristalizó sus aportes del siglo XIX, otorgando prioridad absoluta a la dimensión socio-económica e incluso llegando a rechazar, y de manera visceral (una forma del negacionismo), la existencia de nuevas dimensiones. Estas comenzaron a percibirse, al irse delineando sus propias crisis en materia de género, ambiente, etc.

No fue casual que ningún partido político del arco de la “izquierda” (desde la socialdemocracia hasta el trotskismo), jamás pudo liderar, en ningún país del mundo, las nuevas reivindicaciones, nacidas al calor de la percepción de otras dimensiones de la realidad. Peor aún, no solo no las asumieron. Algunos de esos grupos llegaron a combatirlos ferozmente. Incluso como demostración de su “revolucionarismo”.

En lugar de criticar esas nuevas visiones por resultar unilaterales y superarlas mediante su integración a una visión global, llegaron a acusar a los militantes ambientales de “eco-fascistas financiados por la CIA”. Un partido político de Argentina, asumido como parte del liderazgo de la izquierda mundial, expulsaba afiliados “molestos”, con dos tipos de excusa: o por practicar preferencias sexuales no convencionales, o por trabajar para los servicios de inteligencia de gobiernos anti-democráticos. Homosexualidad e infiltración, eran riesgos políticos equivalentes.

Si una reivindicación no figuraba en la literatura consagrada, automáticamente era lapidada. Y debido a estos graves errores, las demandas surgidas en el siglo XX, fueron encabezadas, y lo siguen siendo, por las ONG’s.

Este tipo de errores fueron de tal magnitud que hicieron posible la pérdida del apoyo electoral del proletariado, considerado su actor exclusivo. Una prueba contundente del peso de la cultura dominante, marcando a fuego, incluso a quienes confían en que su ideología de “izquierda”, resulta suficiente para ponerse a salvo de las trampas culturales.

3.4.2. Ideologías conservadoras

Los efectos de las crisis sobre la conciencia global son de tipo conservador, cuando aparecen resistencia a los cambios. Intentan mantener las condiciones pre-existentes, sobre todo en las dimensiones de la realidad vigentes hacia fines del siglo XIX, y puestas en tela de juicio por las actuales crisis.

Son sectores de la sociedad que han adquirido privilegios económicos y/o culturales, derivados de los procesos anteriores, e intentan mantener congeladas esas condiciones.

Allí aparecen temas tales como la defensa irrestricta de la propiedad privada, mantener las formas delegativas de la democracia, las pautas en materia de género y de prácticas sexuales, los métodos de enseñanza escolar, etc. El derecho histórico de la propiedad privada es transformado en un “derecho natural”. Las prácticas en materia de género y sexo, aunque en permanente evolución en la especie humana, son convertidas en “mandatos de la naturaleza”.

Las condiciones culturales y los intereses económicos perfilados a través de siglos, en los sucesivos formatos de producción y consumo, generan reacciones conservadoras en defensa del “statu quo”, orientados a resistir los cambios progresivos asomados tras cada una de las crisis.

El caso más importante resulta de la interpretación del concepto de propiedad privada. Frente a los efectos sociales regresivos del capitalismo, una de cuyas consecuencias centrales, es la polarización distributiva, ya es reconocida como tema prioritario en la agenda mundial. Y la reacción conservadora es la defensa irrestricta de ese cimiento institucional, ahora justificado como un “derecho natural”, inmanente e intocable.

No hace falta ser demasiado perspicaz para darse cuenta que tras la actual crisis, asoma una “oleada”, poniendo en tela de juicio esa propiedad privada. Y ya comenzó con la propuesta de los propios países centrales para eliminar los derechos de propiedad en las vacunas universales.

Este fenómeno aparece cuando el conocimiento, se convierte en el principal insumo de los bienes y servicios producidos a partir de tecnologías disruptivas. Y la conciencia global, ya considera a ese conocimiento como un bien público mundial a ser usufructuado por todos.

Y esta tendencia provoca efectos de arrastre, poniendo en crisis las instituciones y las pautas culturales consagradas. El enfrentamiento en Europa y Estados Unidos de sus gobiernos con las grandes tecnológicas por la captación de sus astronómicas ganancias a fin dar continuidad a sus políticas sociales y evitar la manipulación cultural de las redes, es una huella indeleble de ese proceso.

Es en ese punto cuando la propiedad privada, comienza a ser puesta en tela de juicio. Fue una institución jurídica no sólo crucial como hecho histórico, sino también, en su momento, revolucionaria. Había logrado modificar de raíz el régimen feudal.

Pero ahora, frente a las críticas a esa institución, por resultar, en lugar de un avance, un freno a la evolución de las condiciones materiales, es defendido por la ideología conservadora. Pasa a resultar un “derecho natural”, algo inmanente en la sociedad. El versus de su papel histórico, cuando nos ubicamos en el largo plazo civilizatorio.

El Vaticano, que reclama para sí, el carácter de máxima autoridad en materia de “derechos naturales” (defensa de la vida, p.ej.), y sus seguidores lo consideran “infalible” en ese tema, salió al cruce de este tipo de afirmaciones, negando de plano la posibilidad de aplicar esa calificación a la propiedad privada.

Otra forma de acción de la ideología del statu quo, resulta de negar la existencia de una conciencia global y sus cambios. Y esto es practicado en sus “análisis de tendencias”. Allí solo existen relaciones causales, ignorando la retroalimentación entre conciencia global y procesos.

Un ejemplo concreto resulta de análisis periódico realizado por los servicios de inteligencia de EE.UU, respecto al largo plazo en la escala humana del tiempo. En el último de ellos, proyectan las condiciones actuales hacia el año 2040. Y el panorama presentado, resulta trágico. (Ver en <https://www.bbc.com/news/world-us-canada-56683852>).

Su importancia deriva de ser un análisis surgido en las entrañas mismas de la primera potencia mundial; pergeñado por sus más altos niveles intelectuales; contando con la “big data” obtenida con la complicidad de grandes tecnológicas y sus redes sociales; y procesada en las más potentes súper-computadoras del mundo. Un cóctel verdaderamente exclusivo. Nos preguntamos, ¿debería tomarse como la “verdad revelada”?

Sin embargo, cualquier persona, trabajando en solitario y contando solo con los informes disponibles en Internet (ONU, FMI, Banco Mundial, OCDE, etc.), pero utilizando esa misma metodología, llegaría a conclusiones muy similares.

La limitación de este tipo de análisis resulta de suponer sólo la existencia de relaciones causales, y una secuencia en una sola dirección. Esa “física newtoniana”, puede, a lo sumo, explicar porque funciona una máquina. Pero nunca podría dar cuenta de los procesos de la naturaleza y de la sociedad.

Están ignorando la retroalimentación entre las diferentes dimensiones y hacia el interior de cada una de ellas. Son procesos generadores de cambios en los niveles de conciencia global, en las ideologías y en las políticas. Al igno-

rarlos, están desechando la posibilidad de acciones concretas, tendientes a quebrar ese rumbo de colisión.

Debemos destacar en la ideología conservadora, su preeminencia muy definida, desde fines del siglo XIX. Y actualmente adquiere un formato neoliberal. Su “éxito”, radica en haber logrado mantener la temática económica, no solo aislada del resto de dimensiones de la realidad, sino en particular, al margen de la cuestión social, y ejerciendo un papel dominante en el análisis global.

Bajo esa perspectiva, la dimensión económica, produce un efecto de “arrastre” sobre el resto de dimensiones. Y las políticas a realizar detentan un sesgo similar, pues deben adaptarse, y de manera incondicional, a objetivos “economicistas”.

El avance económico (p. ej. el crecimiento del Producto Bruto Interno) sería la única representación posible del progreso humano y para ello resulta imprescindible imponer el libre comercio mundial y, de manera concomitante, desregulaciones nacionales. Sin embargo, las crisis actuales pusieron al desnudo esos absurdos cuando, en condiciones de emergencia, se vieron obligados a reemplazar, los mecanismos de mercado, inhabilitados por la crisis, por lo único posible en el corto plazo: una muy fuerte intervención estatal.

El caso más notable surgió en la estrategia del sector salud frente a la pandemia. Las deformaciones de la concepción economicista hicieron necesario, en lugar de estrategias científicas, implementar emergencias, con el objetivo de evitar el colapso sanitario, debido a los déficits en la infraestructura de salud (bienes públicos). Justamente, sobre ese tipo de bienes, había recaído las políticas de ajuste del neoliberalismo en todo el mundo.

La crisis ha logrado poner “patas arriba” ese neoliberalismo, donde la libre competencia, solo existente en sus mentes y sus manuales, es la solución automática de todos los problemas de la humanidad. Esto supone otorgar máxima libertad a la empresa privada y un papel mínimo al Estado.

Y con ello justificaron el retroceso del gasto público en salud y la privatización de esos servicios para someterlos a las reglas del mercado. Ahora la crisis los ha obligado a volver al gasto público en salud, en el mundo, y de manera masiva.

Pero también la crisis ha puesto bajo su lupa las limitaciones de la concepción estatista, como mero reemplazo de la actividad privada: déficit en el abastecimiento de insumos, en personal capacitado, en planes, burocracias, etc. No solo salir de la trampa ideológica del neoliberalismo, sino también re-

formar y superar la concepción del Estado como productor, e introducir la propiedad social y sus correspondientes re-regulaciones, como alternativa.

El paradigma alternativo no surgirá de manera automática. La crisis solo pone al anterior entre paréntesis. Y se irá delineando mediante un azaroso proceso de interacción entre conciencia global, ideologías y políticas. Pero debe comenzar ya mismo, al menos asumiendo los gravísimos errores cometidos a partir de visiones distorsionadas de la realidad.

3.4.3. Ideologías regresivas

Los efectos regresivos sobre la conciencia global se producen cuando sectores de la sociedad rechazan de plano los intentos de cambio progresivo frente al shock producido por las crisis. Son fenómenos de corto plazo en la escala civilizatoria (años) y casi siempre expresados de manera violenta.

En ese sentido resulta posible identificar un comportamiento sistémico. El fenómeno de reacciones regresivas, cobra mayor virulencia y no por casualidad, en periodos como el actual con crisis simultáneas y de un alto grado de profundidad, marcando con claridad meridiana la necesidad de introducir cambios progresivos. En coyunturas como la actual, los sectores regresivos tienen plena conciencia de una aceleración de los cambios progresivos, y se desesperan por impedirlo, a cualquier precio.

Pero el disparador de su “furia” regresiva, ni siquiera necesita la existencia previa de intentos progresivos. Su experiencia histórica les indica, frente a crisis profundas, deben anticiparse, debido a la inevitabilidad de sus efectos en sectores potencialmente progresistas.

Un periodo equivalente lo encontramos en el siglo pasado. En el lapso de un cuarto de siglo (1914-1939), se concentró una serie de graves crisis entrelazadas provocando impactos ideológicos de alto calibre: primera guerra mundial, epidemia de fiebre española, quiebre del régimen monetario mundial (patrón oro), hiperinflación en algunos países europeos, ocupación militar del territorio alemán donde se localizaba su complejo energético y siderúrgico a fin de “cobrar” la deuda externa por resarcimiento de guerra, la recesión mundial de los ‘30; y otras de menor calibre.

Esas condiciones hicieron posible la expansión de las ideologías regresivas (fascismo en ese caso) y a escala mundial. Incluso su acceso, vía electoral, al gobierno de países claves. Y la culminación de todo ese “cóctel” fue la segunda guerra mundial de 1939-45, de trágicas consecuencias humanas y materiales.

Los grupos regresivos, no solo atacan a los sectores progresistas por propiciar los cambios. También lo hacen con los sectores conservadores. Consideran el germen de esos cambios, la “permisividad” histórica de los conservadores frente a las crisis anteriores.

A cambio de no tocar sus intereses económicos, “negocian” y dejan avanzar cambios progresivos en aspectos culturales, que se van consolidando en la conciencia global. Pero, para ellos, siguen siendo inadmisibles: primacía de la ciencia sobre la religión, igualdad de género, democratización delegativa, protección social, libertad de ideas, matrimonio homosexual, etc.

El grave error histórico de la “izquierda” tradicional ha sido considerar a estos grupos regresivos, como una especie de fenómeno marginal de la sociedad, pues en extensos periodos han aparecido como minoritarios en términos electorales. Pero esto se producía en condiciones de crisis unidimensionales y relativamente débiles. Allí, predominaba la ideología conservadora, tendiente a mantener el statu-quo.

Pero cuando las condiciones son de crisis multidimensionales, agudas y superpuestas, tal como ya sucedió en el siglo XX, y ahora se repiten, bajo otras formas; las reacciones regresivas, tienden a desplazar a las de tipo conservador. Éstas aparecen como endebles frente a un escenario percibido como apocalíptico, y por ende “escuchan” el llamado divino a librar “la batalla final contra el mal”.

Ante crisis que marcan una definida necesidad de cambios progresivos, reaccionan con ideologías orientadas, no ya a mantener los criterios preexistentes, sino a regresar a los imperantes en periodos, considerados como de supuesta “felicidad” del género humano, trastocada, no solo por las ideas progresistas, sino por el “modernismo” de sectores conservadores, al aceptar, aunque en dosis homeopáticas, algunos cambios culturales.

Y para las ideologías regresivas, justamente allí reside el verdadero origen de los cambios actuales. Tomemos el caso concreto de la democracia. Frente a la necesidad de cambios progresivos, inducidas por las crisis, el problema ya no resulta de su carácter delegativo o participativo. Ponen en tela de juicio la democracia misma, una más de las permisibilidades del conservadurismo, causante de las crisis actuales.

De allí surge, no la defensa del statu quo de esa forma de democracia, sino la necesidad de volver a las pautas de organización de la sociedad medioeval. Por ende deberían aplicarse criterios de formas autocráticas de gobierno, propiedad “de vidas y haciendas”, privilegios del sexo masculino, predominio

cultural de la religión por sobre la ciencia, de juzgamiento y castigos de tribunales tipo inquisición, etc.

Y crisis agudas y multidimensionales como las actuales, potencian esas ideologías regresivas, pues éstas serían el único freno posible a las políticas progresivas. En esas condiciones las ideologías regresivas emergen teñidas de un espíritu “combatiente” donde el fin, justifica cualquier medio a su alcance, para “liquidar al enemigo”.

Y más combatiente aun, cuando supone a las crisis, como generadas de manera consciente por sectores progresistas, para “justificar” cambios. Pero con el objetivo inconfesable de dominación mundial. Para contrarrestar tanta “maldad”, avanzan sobre todas las conquistas progresivas ya logradas, tales como, formas democráticas, Estado de Bienestar, igualdad de géneros, etc. Se consideran militantes de una “sagrada misión en su paso terrenal”.

Sin embargo, desde el punto de vista metodológico no son demasiado diferentes al conservadurismo. Sus criterios, surgen de llevar al extremo la negación de la existencia de procesos. Como creer en ellos, sería un absurdo, toda crisis o acontecimiento negativo, o bien no puede existir (negacionismo), o bien son atribuidas a seres genéticamente perversos (conspiracionismo).

Y se diferencian de los grupos conservadores recubriendo todo esto, con un lenguaje y acciones de máxima agresividad verbal e institucional. De allí a la agresión física hay un solo y pequeño paso. Incluso, los criterios negacionistas respecto a la pandemia, al menos en Europa, han comenzado a traducirse en agresiones físicas.

La negación de la existencia de procesos sociales, ambientales y pandémicos, su atribución a conspiraciones y la virulencia de su práctica política, son los signos externos de las reacciones regresivas, cuando afloran definidas señales progresivas. Consideran los cambios en la conciencia global como un “lavado de cerebro” por parte del progresismo con el perverso objetivo de la dominación mundial.

La conclusión casi inevitable: la única barrera posible a esa maldad sin límites, resulta del aislamiento (y/o eliminación física) de quienes la promueven. Cualquier diferencia con la culpabilidad de las brujas por generar pestes y sequías, para justificar quemarlas en la hoguera, sería “una mera coincidencia”.

En la próxima reunión, lo completaremos con el tercer eslabón: políticas.

Córdoba, Mayo de 2022

Lic. Daniel Wolovick